

ria. Y acaso conocian menos los verdaderos intereses de la libertad que los Franceses de 1789, que la proclamaron con un entusiasmo tan unánime. Pero Bonaparte, tan prudente como audaz, juzgó necesario de grangearse todavía el favor público con un beneficio que interesaba á todas las clases, la paz general. Esta paz debia negociarse mucho mas que conquistarse. Muchos datos manifestaban entonces que la guerra encubria la posibilidad de un concierto pacífico. A pesar del tratado de Luneville, el embajador de Austria, Otto, se habia quedado en Londres, bajo diferentes pretextos. Un encargado de negocios ingles permanecia en Paris; los paquebotes iban continuamente desde Calais á Douvres, y en fin, el ministerio de Pitt, que él primero combatió la libertad francesa, acababa de desaparecer de la escena política. Su retirada era una gran revolucion en los consejos británicos; pues Pitt, tanto por sus antecedentes, como por la obstinacion de su ódio contra la Francia, y particularmente contra la persona de Bonaparte, cuyo genio triunfaba del suyo, formaba él solo un obstaculo insuperable para toda conciliacion. Sin embargo, á pesar de este

mismo estado de cosas, las hostilidades marítimas en defecto de las continentales, seguian con un vigor extremado en las dos orillas de la Mancha.

Esta gran contienda parecia interminable en razon de la naturaleza del campo de batalla y de los agravios de los dos partidos; el uno no reconocia siquiera el estado político del gobierno frances, y el otro tampoco la soberania de los mares de su rival. La Inglaterra tenia entonces ciento y treinta mil marineros y setecientos ochenta buques de guerra que reinaban sobre todos los mares, y bloqueaban á todos los puertos de la Francia y de sus aliados. Bonaparte, solo contra este terrible contrario, halló en la energía de su carácter y en la de la nacion bastantes recursos por no contentarse en resistir á la tempestad británica. Todos los puntos vulnerables de las costas del Océano se cubrieron de baterías y de reductos, desde el embocadero del Garumna hasta el Escalda. Un ejército inmenso defendia todas estas posiciones. Las líneas telegráficas se multiplicaron desde Paris á Boloña, situado enfrente del enemigo y que por esta razon era naturalmente el puerto natural de la expedicion pro-

yectada. Bonaparte encargó esta expedición al vice-almirante Latouche-Treville, marino ilustre que la Francia no ha reemplazado aun. La perseverancia y la intrepidez triunfaron por fin de todos los obstáculos del bloqueo rigoroso que ceñía á la Francia. Las escuadri-llas construidas en los rios llegaron sucesiva-mente, bajo la proteccion de las baterías de las costas, al punto señalado de Boloña. Varios combates entre las lanchas cañoneras france-sas y los cruceros ingleses, dieron importancia á esta nueva lucha é inquietaron á menudo el desprecio altanero que afectaba el gabinete británico.

Habian pasado diez y ocho meses desde la vuelta de Egipto de Bonaparte; al salir de allí habia prometido socorros al ejército que ocupaba aquel pais; pero los muchos aconte-cimientos que tuvieron lugar no le permitie-ron realizar sus promesas, que no habia olvi-dado. El ejército de expedición se hallaba desgraciado bajo el mando de Menou, suce-sor de Kleber, y desesperaba á la vez de man-tenerse en Egipto, y de volver á Francia. Sin embargo, el primer cónsul, habiendo sabido inopinadamente que una escuadra inglesa se

estaba reuniendo en las islas Baleares, bajo el mando de Sir Ralph Abercrombie, para obrar con un nuevo ejército turco y libertar al Egipto, concibió el proyecto audaz de pre-venir esta reunion formidable y de enviar por su lado un ejército para defender el Nil, la expedición y su ejecucion. El contra-almi-rante Gantheaume, el mismo que trajo á Bo-naparte desde Egipto, salió de Brest con siete navíos y dos fragatas; llevaba cinco mil hom-bres mandados por el general Sahuguet. Los Ingleses luego lo supieron; pero el almirante Harvey se equivocó sobre el destino de esta escuadra; pareciéndole imposible que los Fran-ceses se atreviesen con tan pocas fuerzas á navegar en el Mediterráneo y discurrió que se dirigian hácia el oeste. Pero mientras que los hacia buscar en el camino de las Antillas, Gantheaume pasaba el estrecho de Gibraltar, y escapaba al almirante Warren que mandaba la division que estaba cruzando en aquellos parages. Pero Gantheaume no pudo ocultar el fin que se proponia. Viéndose perseguido por la escuadra de la Mancha, tuvo que refu-giarse á Tolon, despues de haberse apoderado de una fragata enemiga. Otra escuadrilla, sa-

lida de Rochefort , tuvo peor suerte , fue atacada , perdió su comandante y las tempestades la dispersaron.

Gantheaume , aunque bloqueado en Tolon por Warren , recibió la orden positiva de salir y de llevar los cinco mil hombres á Egypto. Logró engañar otra vez la vigilancia de los Ingleses ; pero el contagio se puso á bordo y tuvo que separarse de tres de sus navíos. Con los restantes llegó hasta la vista de las costas de Egypto ; pero al momento de desembarcar se vió precisado á admitir el combate. Tuvo la fortuna de escapar á la escuadra del almirante Keith que tenia cuarenta navíos , y á la de Warren y de volver gloriosamente á Tolon despues de haberse apoderado de un navío y de una corbeta.

Sin embargo , Bonaparte lejos de desanimarse , se empeñó en su plan. El contraalmirante Linois salió de Tolon con tres navíos y una fragata para unirse en Cadiz con una escuadra francesa y española de doce navíos mandada por el almirante Moreno , y se dirigió con ella hácia Egypto. En el camino, Linois se encontró , el 5 de julio de 1801 , con seis navíos ingleses y tomando posicion

en la bahia de Algeciras , les presentó noblemente la batalla. Sostenido por las baterías de la costa , obligó á un navío á arriar la bandera y á otro á retirarse. Si el almirante español no hubiese empleado tres dias en salir de Cadiz y en llegar á Algeciras, donde no apareció hasta el 9, el almirante ingles no hubiese tenido tiempo para descansar , y la escuadra combinada hubiera llevado al infeliz ejército de Egypto los refuerzos que aguardaba desde tanto tiempo. Moreno fue atacado durante la noche. Dos de sus navíos creyéndose enemigos , chocaron entrambos y perecieron incendiados. Los enemigos se apoderaron de un tercero. El *Formidable* pudo desembarazarse de varios navíos , que le acometieron á la vez y llegó á Cadiz. Este navío acreditó el nombre que llevaba. Tenia por comandante al valiente capitan Troude que fue despues contra-almirante. La fortuna marítima faltaba decididamente á Bonaparte , y el Egypto aguardó socorros en vano. Seis semanas despues , el 30 de agosto , el general Menou firmaba en Alejandria una capitulacion de cuyas resultas veinte mil valientes volvieron á Francia sobre buques extranjeros.

El almirante Nelson habia tenido el encargo de venir á quemar la escuadrilla de Boloña. El 4 de agosto se presentó con treinta navíos y un gran número de brulotes, bombarderas y cañoneras. El contra-almirante Latouche-Treville, que le estaba aguardando delante de la rada, empenó la accion. Nelson, batido por el fuego de la escuadrilla, y por las baterías de la costa, tuvo que irse á rehacer en Deal y en Margate. El 15 y el 16, volvió á presentarse con setenta buques, resuelto á destruir de un solo golpe toda la armada naval que tenia aun la Francia. Se valió de la noche para sorprender al puerto y á la escuadra; pero se vió en la precision de retirarse, al amanecer, con una pérdida de doscientos hombres y de aguantar el desprecio y el vituperio de los habitantes de Londres. El recuerdo de Aboukir no le fue tan útil delante de Boloña como en Copenhague, pues habiendo querido intentar la misma maniobra, tuvo la torpeza de decir en Londres lo que los Mamelucos dijeron de nuestras compañías de infantería, que andaban atadas entre sí con cadenas. En defecto de otras armas, las plumas continuaron una guerra muy reñida que ocultaba á la Europa los traba-

jos secretos de una negociacion activa. En ninguna época, el ódio exterior encubrió con mas misterio la proximidad de la paz.

El grande acontecimiento, que parecia entonces tan lejano en la mente de los dos gobiernos, fue precedido por un evento inesperado que sorprendió igualmente á los filósofos de la Francia y á la Europa católica, el concordato con la corte de Roma. La conversion de Bonaparte pareció repentina, sin embargo era mucho mas sincera de lo que se creyó entonces. Así es que la noticia dejó estupefactos á todos los que tenian presente cuanto distaban de semejante resultado los principios que poco antes regian á la Francia republicana y despues al Directorio. Las dos terceras partes de la poblacion francesa estaban enteramente ajenas de este nuevo tratado que les pareció una inovacion estraña. Y en efecto era tan audaz como extraordinaria. Bonaparte llamando á una nobleza eclesiástica probaba el terreno para introducir á otra excepcion social. El altar preparaba el trono y reconciliaba el primer magistrado de la terrible República francesa con los príncipes de las monarquías hereditarias á quienes se proponia luego imitar.

Este concordato era para los extranjeros una prenda solemne de la vuelta de la Francia á ciertos principios de su antigua disciplina. Era un manifiesto contra la revolucion, y, atendida la disposicion general de la opinion pública de la época, tuvo por parte de Bonaparte todo el carácter de una abjuracion. Sin embargo, era mas bien una medida política para con la nacion francesa, que no una prueba de sumision con respecto á la corte de Roma, pues se mantuvieron en todo su vigor las libertades de la Iglesia galicana. El primer cónsul solo deseaba adquirir un aliado mas en el gefe que daba á la Iglesia francesa recientemente resucitada. Tambien habia calculado diestramente que el concordato le proporcionaria la adhesion de la mayor parte de las familias, irreconciliables hasta entonces de la monarquía, y le daria un nuevo poder sobre una porcion del pueblo. Halló asimismo alguna satisfaccion en humillar á los gabinetes extranjeros, imponiéndoles en cierta manera, respeto para la ley del vencedor, ley ya sin apelacion, y que el Sumo Pontifice acababa de consagrar por su alianza. El tratado concluido el 15 de julio; el 8 de abril de 1802 se pro-

mulgó como ley del Estado. El Papa queriendo él mismo dar mucho lustre, no á la negociacion que se habia seguido con mucho secreto en Roma, pero al tratado, que fue su consecuencia, envió á Paris el hombre de mas consideracion de su gobierno, el cardenal Gonsalvi, primer ministro, á quien acompañaron el cardenal Caprara y Monseñor Spina, que fue cardenal despues, entonces arzobispo de Génova.

Todo prosperaba; la industria, la administracion, el poder y la política. La compañía del Africa restablecida; el camino del Simplon abierto; una brillante exposicion de los productos de la industria francesa; cuatro nuevos departamentos formados con los territorios cisrhenanos cedidos por el tratado de Luneville; bolsas de comercio fundadas en las ciudades que no las tenian; la construccion de tres puentes sobre el Sena, decretada por los cónsules; el forum Bonaparte inaugurado en Milan; la sociedad de la Caridad maternal organizada bajo la proteccion de madama Bonaparte madre, daban al gobierno derechos positivos á la gratitud pública, y lo que debia aumentar este sentimiento, la paz coronó el

glorioso año de 1801. El 1.º de enero habia sido señalado con el protocolo de las conferencias de Luneville: el 9 de febrero siguiente los plenipotenciarios del Emperador y del primer cónsul firmaron un tratado definitivo. El 28 de marzo, volvió á establecerse la harmonia entre la corte de Napoles y la República francesa. El 15 de julio se concluyó el concordato con el gefe de la Iglesia. El 24 de agosto y el 29 de septiembre se firmaron las paces de Portugal y de Baviera con la Francia. El 1.º de octubre tuvo lugar el grande acontecimiento político que la República no habia podido producir con todos sus triunfos, y que solo bastaba para legitimar la fortuna del primer cónsul; se firmaron los preliminares de paz con la Inglaterra. José Bonaparte y lord Cornwallis fueron los ministros que en el congreso de Amiens reunieron dos gobiernos y dos naciones tan cruelmente divididas desde tanto tiempo. En aquel mismo dia, la España, por el tratado secreto de San Ildefonso, retrocedió á la Francia la importante colonia de la Luisina. El 8 se concluyó la paz con la Rusia; el 9 hubo preliminares firmados con la Puerta Otomana,

y mas tarde, un tratado con la regencia de Argel fue el último paso que se dió para la reconciliacion general.

